



Revista de Fomento Social, 58 (2003), 237-252

Economía mundial: bajo el signo de la incertidumbre

Consejo de Redacción¹

(PALABRAS CLAVE: ECONOMÍA INTERNACIONAL, GLOBALIZACIÓN, ORDEN ECONÓMICO.

KEY WORDS: INTERNATIONAL ECONOMICS, GLOBALIZATION, ECONOMIC ORDER)

“La facultad de adaptación es característica de la Humanidad. Pocos son los que se hacen cargo de la condición desusada, inestable, complicada, falta de unidad y transitoria de la organización económica en que ha vivido la Europa occidental durante el último medio siglo. Tomamos por naturales, permanentes y de inexcusable subordinación algunos de nuestros últimos adelantos más particulares y circunstanciales, y, según ellos, trazamos nuestros planes. Sobre esta cimentación falsa y movediza proyectamos la mejora social; levantamos nuestras plataformas políticas; perseguimos nuestras animosidades y ambiciones personales, y nos sentimos con medios suficientes para atizar, en vez de calmar, el conflicto civil en la familia europea.”²

Con estas palabras, escritas hace más de 80 años, comenzaba Keynes su reflexión sobre las consecuencias de los tratados que, en Versalles, cerraron

¹ Para esta reflexión hemos contado con la ayuda especial de nuestro colega el Profesor Gabriel M^º Pérez Alcalá, a quien agradecemos su valiosa colaboración.

² J. M. KEYNES (2002), *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, p. 9 (1^a edición 1919).

(según él, de forma inadecuada) el episodio sangriento de la primera guerra mundial. Leídas hoy adquieren una insospechada actualidad en una Europa asaltada al mismo tiempo por los extremos peligros de la autosuficiencia y del derrotismo.

Hace tres años (nº 218, abril-junio de 2000) nuestra revista ya ofreció una reflexión editorial del Consejo de Redacción sobre la globalización; se titulaba aquel texto “Globalización integradora vs. globalización excluyente”. Tras estudiar el proceso y analizar los inconvenientes y las ventajas de la globalización, proponíamos “gestionar” la globalización de otra forma, concretando en las siguientes tres dimensiones: a) un nuevo sistema de gobierno mundial; b) un fortalecimiento de la sociedad civil, incluso en el ámbito mundial; c) una nueva mentalidad crítica y alternativa. Concluíamos diciendo que era preciso trabajar en pro de “una sociedad consciente frente a los poderes políticos y económicos, no para anular a estos, sino para ponerlos al servicio de la humanidad. Exige, más concretamente, una sociedad con conciencia planetaria, con conciencia de humanidad. Y esta conciencia encontrará cauces para reconstruir el mundo de otra manera...”³.

Desde entonces –¡parece que fue ayer!– han pasado muchas cosas. Es a ellas a las que queremos pasar revista en esta nueva reflexión. Como se indica en el título del editorial, nos vamos a fijar, sobre todo, en la dimensión económica de la crisis que padecemos. No podemos evitar una cierta deformación profesional: deriva del hecho de que nuestra revista se publica en un centro universitario que se ocupa básicamente de cuestiones económicas. Sin duda habrá otros aspectos a considerar: culturales, sociales, tecnológicos, etc. En este texto, en último término, pretendemos solamente buscar elementos de respuesta, entre otras, a preguntas como las siguientes: ¿qué pasa en la economía mundial? ¿qué procesos, económicos y no económicos, la están condicionando? ¿cómo influye, concretamente, en la economía el nuevo marco político internacional que se está configurando?

1. Una clave de lectura: La incertidumbre

Si pudiéramos a los empresarios, a los consumidores, a los políticos, a los financieros, que definieran con una sola palabra qué está ocurriendo en la

³ CONSEJO DE REDACCIÓN (2000), “Globalización integradora vs. globalización excluyente”. *Revista de Fomento Social*, nº 218, abril-junio, pp.143-160.

economía mundial y en la de cada uno de nosotros, la mayoría de ellos responderían con una palabra: incertidumbre.

Y es que si hay una palabra que defina la situación de la economía mundial en estos momentos esa palabra es incertidumbre. De hecho, se puede encontrar en cualquier crónica de Bolsa y en no pocos informes económicos. Se oye de boca de no pocos líderes políticos y de bastantes académicos. Y realmente es un vocablo que refleja muy bien lo que está ocurriendo.

Pero decir que hay incertidumbre es decir casi nada. Porque la incertidumbre es sólo desconocimiento. Desconocimiento de las consecuencias de las acciones que ahora realizamos, de las circunstancias en las que se va a desarrollar la actividad futura. Puede parecer un juego de palabras, pero no lo es. Intentemos aclararlo.

Que el futuro no lo conocemos es un hecho evidente: nadie puede decir lo que va a ocurrir. Sin embargo, en la mayoría de nuestras decisiones que inician un curso de acción, prevemos, basados en nuestra experiencia anterior y en hechos conocidos, lo que más o menos puede ocurrir. Siguiendo el lenguaje que emplean las ciencias de la gestión, decimos que toda previsión convierte una acción en arriesgada: es decir, existe un riesgo de que ocurra algo que no queremos, pero sabemos limitar los riesgos y cuantificarlos según lo que conocemos. Esto sucede porque, al saber lo que probablemente ocurra, eliminamos la incertidumbre y la convertimos en riesgo. Es decir, el conocimiento convierte la incertidumbre en riesgo. De ahí que, cuando puede ocurrir cualquier cosa, cuando no somos capaces de asignar probabilidad a las consecuencias de nuestras acciones futuras, la decisión que tomamos sea con un horizonte incierto. Un horizonte desconocido. Un futuro que no conocemos.

Por eso, preguntarnos qué causa la incertidumbre es lo mismo que preguntarnos por qué no sabemos. De ahí que, para eliminar la incertidumbre, el desconocimiento, lo primero que hemos de hacer es preguntarnos por qué no sabemos lo que puede ocurrir.

Tres son, en nuestra opinión, las fuentes de nuestro desconocimiento sobre lo que puede ocurrir, de nuestra incertidumbre sobre el futuro. Las dos primeras son de gran alcance y, hasta cierto punto, novedosas. La primera es el proceso de globalización, cuyas consecuencias últimas sobre las distintas economías del mundo no conocemos. La segunda, de mucha actualidad en estos momentos, es que no sabemos cómo puede afectar a las economías de los distintos países los procesos políticos que están en marcha especialmente relacionados con la

hegemonía norteamericana. Todo esto se complica –y esta es la tercera causa que queríamos señalar– por un hecho que puede parecer paradójico en la sociedad del conocimiento en la que vivimos: que, a pesar de todos los avances, aquellos cuya función social es explicar lo que puede ocurrir, porque se dedican a estudiar precisamente esto, los científicos sociales (y, concretamente, los economistas), no saben lo suficiente ni están en condiciones de aportar la luz que todos precisaríamos.

Analicemos brevemente estas tres causas de nuestro desconcierto, que nos van a servir para estructurar estas reflexiones.

2. Globalización e incertidumbre

El proceso que define lo que ocurre en la economía mundial es conocido con el nombre de globalización. Un concepto que mucha gente usa y de lo que se está hablando mucho, pero del que, paradójicamente, sabemos muy poco.

No vamos a realizar aquí un análisis detallado sobre este proceso, al que ya dedicamos –como acabamos de indicar– una reflexión relativamente larga hace tres años. Recordaremos sólo los aspectos más decisivos.

El Diccionario de la Lengua Española dice que la globalización es la “tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales”. Según esta definición, la globalización es, en primer lugar, un fenómeno económico, pero de enormes consecuencias políticas y culturales. Por eso diversos autores amplían el concepto y hablan de un proceso a través del cual se está consolidando el espacio único mundial, como referente de todas las actividades productivas, financieras, políticas, sociales y hasta culturales.

Como fenómeno económico, la globalización es, nada más y nada menos, un proceso de desregulación, de liberalización de los intercambios. Tal liberalización o desregulación se sustenta en dos supuestos: la existencia de la propiedad privada, pues ésta es condición sine qua non para el intercambio; y la existencia del mercado como forma generalizada de asignación de los recursos, de distribución de los bienes y servicios entre las personas, ya que un mercado es sólo la suma de todos los intercambios de un mismo bien o servicio.

El resultado de este proceso es la integración progresiva de las economías en un único mercado mundial. Para algunos este es un fenómeno que viene de lejos

y que, todo lo más, ha sufrido una espectacular aceleración en estos últimos años. Para otros estamos ante un cambio, no sólo cuantitativo (más apertura de los mercados), sino cualitativo: y lo explican subrayando cómo ahora ya no son los mercados nacionales el marco de referencia para la actividad económica en sus diferentes facetas, sino siempre el mercado mundial. Por eso, no sólo hay cada vez más empresas multinacionales, sino que las empresas son cada vez más multinacionales.

Este proceso ha ido unido a una serie de fenómenos, cada uno de los cuales merecería un tratamiento específico y detenido:

- *El avance de las tecnologías de la información y de la comunicación.*
- *La desmaterialización, desnacionalización y la deslocalización de los procesos productivos.*
- *La dualización de los mercados de trabajo.*
- *La liberalización de los mercados financieros.*
- *La doble evolución política: integración y regionalización.*
- *Los nuevos movimientos sociales.*

Por otra, parte, la globalización ha ido unida a la instauración del “sistema económico único”, que coincide con el fracaso irremisible del colectivismo y la caída del muro de Berlín. A ello ha contribuido eficazmente el resurgir de la ideología liberal, ahora bajo la forma de neoliberalismo. Globalización y neoliberalismo son dos realidades distintas, pero íntimamente unidas de hecho: ese mercado único de dimensiones planetarias es la mejor respuesta a las pretensiones de una ideología que ve en el mercado único, no sólo la mejor forma de organización económica, sino incluso el paradigma para toda organización social.

Aunque este es un proceso abierto y no concluido –cuyo término no conocemos, y por eso hablamos de incertidumbre–, en su estado actual muestra ya importantes consecuencias políticas y culturales. El carácter eminentemente económico de nuestras consideraciones en este editorial no nos exime de decir una palabra sobre ellas para captar así mejor el alcance de la globalización.

La principal consecuencia política de la globalización es la pérdida creciente de capacidad de los gobiernos para ejercer sus funciones: el debilitamiento del Estado. Es cierto que son los gobiernos los que reducen las barreras

fronterizas para facilitar el tránsito de mercancías, de capitales y hasta de personas. Es cierto también que estas políticas son, muchas veces selectivas, sobre todo en el caso de los países más poderosos, que abren sus fronteras en la medida de sus intereses. Pero, en todo caso, la progresiva difuminación de las fronteras reduce las posibilidades de que el Estado ejerza su soberanía, que era el rasgo más nuclear de esta nueva forma de organización política, típica de la era moderna. La globalización está confirmando lo que ya se intuía: que el Estado moderno, como toda institución histórica, está dando señales de agotamiento irreversible. Esto no quiere decir que vaya a desaparecer de un día a otro, pero ciertamente marca una tendencia a largo plazo, que es conveniente identificar para entender muchas dinámicas de nuestro tiempo. Todos los procesos de integración supraestatal (el de la Unión Europea en primer término) pueden ser entendidos mejor desde la perspectiva de la globalización, aunque no sea esta su única causa.

Las consecuencias culturales de la globalización tienen que ver con el aumento de las comunicaciones y de los intercambios humanos entre los pueblos. Los medios de comunicación y la facilidades para los desplazamientos ofrecen oportunidades inéditas hasta hace poco para entrar en contacto con otros pueblos y culturas. Esos contactos pueden tener efectos contradictorios: en muchas ocasiones son enriquecedores, pero en otras son fuente de problemas y tensiones. Las diferentes culturas coexisten hoy, no sólo de forma esporádica, sino mucho más establemente. Las migraciones han contribuido a ello, sobre todo cuando los inmigrantes se establecen definitivamente lejos de sus lugares de origen, y lo hacen además, no con voluntad de integrarse o de vivir en "ghetto", sino con fuertes reivindicaciones de que se les respete en su identidad cultural. Es posible que este sea un rasgo nuevo de un fenómeno tan antiguo como son los movimientos migratorios.

También es consecuencia de la globalización en el terreno cultural la difusión de una cultura de masas que se impone desde el mundo desarrollado, a través de hábitos y modas ampliamente difundidos por los medios de comunicación: en las formas de comer y vestir, en la música que oímos, en el cine que vemos, en mil cosas más, todos nos vamos asemejando. Todo eso sirve de vehículo a una determinada antropología, a una forma muy concreta de entender la vida, marcada por el individualismo, la eficacia, la competitividad, el pragmatismo, el inmediatismo y el corto plazo, un cierto materialismo... Los valores que subyacen a esta comprensión de la existencia entran en colisión con los de otras culturas tradicionales, las cuales encuentran serias dificultades para sobrevivir.

Pero no hay duda de que lo económico, y esa lógica que deriva del mercado (la lógica de los intercambios equivalentes, donde todo tiene precio y todo es susceptible de ser intercambiado por algo que tenga un valor semejante), tiene un peso muy especial en la globalización. Por eso es útil ahondar todavía en este proceso histórico y en sus causas. Podemos identificar hasta tres causas, capaces de explicar suficientemente en nuestra opinión este cambio que ha desencadenado lo que hoy llamamos globalización: la política de apertura de la economía norteamericana en los ochenta, el fin de la Guerra Fría a principios de los noventa y la revolución de la tecnología de la información de estos últimos veinte años.

En efecto, la liberalización y apertura de la mayor economía del planeta, la norteamericana, allá por los años de las presidencias Reagan y de Bush (padre) (1981–1993) trajeron consigo la integración y dependencia de numerosas zonas económicas (Japón, Sudeste Asiático) en los flujos comerciales occidentales que se sumaron a las ya anteriormente integradas (Latinoamérica, Europa, Oriente Próximo y, en menor medida, África).

Por ese mismo tiempo el fin de la Guerra Fría supuso la incorporación a este proceso del otro bloque, el de las economías del Este. Si sumamos a estas zonas que se integran entre los ochenta y los primeros noventa, la paulatina apertura de las dos grandes economías asiáticas (China e India), se entiende bien por qué hablamos de globalización: el proceso llega realmente a todos, o casi todos, los rincones del planeta.

Pero esta globalización, esta integración de las economías regionales en una sola economía, no hubiera sido posible sin la revolución de las tecnologías de la información. Ampliado el concepto de dinero hasta los límites de propiedad de activos financieros que ahora tenemos, y desarrollados e interrelacionados los mercados financieros, son las tecnologías de la información las que permiten esas gigantescas transacciones de capital casi instantáneas que condicionan la situación financiera y monetaria de cualquier país. Más aún, el desarrollo de estas tecnologías es lo que ha posibilitado la gestión centralizada de empresas que operan en todo el mundo.

La coincidencia en el tiempo de estos tres factores explica, al menos en nuestra opinión, por qué se produce, en esos años de cambio de siglo, la globalización. Más aún, explica por qué hay poderosas fuerzas que la producen y la alimentan, de tal forma que parece imparable. Pero esto no quiere decir que no la podamos gobernar y orientar de otra manera: de un modo más integrador y menos discriminatorio, haciendo de la globalización

una oportunidad para todos⁴.

Para adaptarse a este proceso de cambio que es la globalización, los gobiernos de todo el mundo han puesto en práctica un conjunto de políticas económicas muy sencillo que se puede resumir en lo siguiente: puesto que la globalización implica la construcción de mercados mundiales y los mercados se rigen por la competencia de precios, es preciso el mantenimiento de políticas de equilibrio y estabilidad. Equilibrio y estabilidad en los mercados de bienes y servicios para que no haya inflación que haga perder competitividad; equilibrio en las cuentas públicas y en los mercados financieros para que fluya y se mantenga la inversión; equilibrio en la gestión. Junto a la búsqueda de estos equilibrios se apuesta por una fuerte desregulación y por la incorporación masiva de nuevas tecnologías. Si todas estas políticas se ponen e práctica se conseguirá un importante crecimiento económico, el equilibrio de la balanza de pagos y, siempre que se sea competitivo y el mercado de trabajo sea flexible, una significativa reducción de la tasa de desempleo.

Y, puesto que los precios son la variable clave para gestionar en un mundo globalizado por la comparación de los precios relativos de los bienes y servicios, es necesaria la integración de empresas para conseguir gigantes de nivel mundial que permitan sinergias y economías de escala que abaraten los bienes y servicios y permitan una adaptación a los mercados mundiales. Surgen, así, de forma natural y al mismo tiempo que se gesta el proceso, y como protagonistas de él junto a los gobiernos, las grandes empresas globales que todos conocemos.

Este proceso de globalización ha tenido una consecuencia, no por sabida, menos problemática, y es que, al globalizarnos, cualquier hecho nos afecta a todos, tanto para bien como para mal. De ahí que, así como la prosperidad y el crecimiento norteamericano de los noventa benefició a numerosas economías, el fin de la burbuja financiera por la darwinista selección de las empresas de nuevas tecnologías (natural, por otra parte, en cualquier situación de eclosión tecnológica) y los escándalos financieros, nos están condicionando a todos. Y lo mismo la crisis de Argentina. En el confortable mundo de las economías semicerradas de hace veinte años, crisis como la de Enron, que también se produjeron, o una crisis de pagos como la de Argentina, que tampoco faltaron,

⁴ Esta es la propuesta de un documento poco difundido pero de indudable interés: *Global governance. Our responsibility to make globalisation an opportunity for all. A report to the Bishops of COMECE*, Bruselas, September 2001.

tuvieron unos efectos muy limitados sobre las economías desarrolladas, y por tanto, sobre la economía mundial. Hoy, eso no es así.

Políticos globalizadores, de grado o por la fuerza, y empresas gigantes: he aquí los protagonistas del proceso de globalización. Y, por lo que en sí es el proceso, cualquier error, o pecado, que cometan unos u otros conlleva, como hemos visto, dificultades para todos.

Pero estas políticas de estabilización han tenido duras consecuencias sobre muchas economías, tanto por la profundidad de la reforma emprendida como por su rapidez, al tiempo que han afectado de forma desigual a las economías, dependiendo de su posición relativa al iniciar el proceso. Resulta curioso que no se tenga en cuenta, cuando se habla de liberalizar un mercado, el hecho de que no todos los participantes en él tienen las mismas condiciones ni gozan del mismo poder económico, lo que es causa, con el tiempo, de no pocas distorsiones y conflictos y de crecientes desigualdades.

Así, algunas de las crisis que arrastran determinadas economías tienen su origen, bien en la resistencia al cambio que la globalización impone –y como ejemplo claro está el caso de Alemania–, bien en el rápido desmantelamiento de las estructuras productivas impuesto por los organismos que favorecen la globalización –y es ejemplo cualquier país latinoamericano.

Para entender lo que puede ser el proceso, basta considerar lo que está pasando en los países de la Unión Europea. Al fin y al cabo lo que nosotros venimos intentando desde hace más de cuarenta años es una cosa parecida. La integración económica europea es en esencia, y vista desde la perspectiva del proceso, algo semejante a la globalización: viene a ser como una “globalización” de nivel regional. Pues bien, en Europa, y a pesar de que tenemos un organismo supraestatal para ordenar todo el proceso, ni faltan las dificultades, ni somos capaces de calcular todas las consecuencias de la integración. ¿Nos extraña, entonces, que no podamos llegar a saber todas las implicaciones de una integración mundial, cuando los socios son tan desiguales y están tan alejados culturalmente, cuando el escenario está tan marcado por la violencia y cuando falta, por último, una instancia política que ordene el proceso y tenga en cuenta las voces de todos o de una mayoría al menos?

Los conflictos serán inevitables. En este desordenado proceso todos los países intentan, y legítimamente por cierto, sobrevivir y situarse, lo que les lleva a competir entre ellos. Con ese fin se producen alianzas que desembocan en procesos de integración regional, gracias a los cuales se establecen relaciones

estables entre unos y otros Pero estos conflictos son además muy difíciles de gestionar porque no existen organismos internacionales con competencia para ello y porque la primera potencia económica del mundo no está dispuesta a que funcionen, toda vez que la situación de no gobierno siempre favorece al más fuerte.

La incertidumbre económica actual tiene, pues, y en primer lugar, un origen estructural en el proceso de la globalización que se inicia en los ochenta. Es cierto que la globalización nos brinda oportunidades, pero no es menos verdad que también elimina certezas. Una fuente añadida de incertidumbre, más coyuntural sin duda, radica en la desconfianza que han generado los escándalos financieros de los últimos meses, en la sobreinversión de los noventa en la economía norteamericana, en la larga crisis japonesa y en la debilidad de las economías europeas. En definitiva, a pesar del conocimiento acumulado, es, de momento, imposible aprehender la realidad entera en toda su complejidad. Y es que además, a pesar de lo que ya llevamos vivido sobre la faz de la tierra, la codicia y la envidia siguen siendo pecados capitales.

3. Hegemonía norteamericana e incertidumbre

Hace poco más de un año se empezaron a publicar las primeras evaluaciones de las consecuencias económicas del atentado del 11 de septiembre. En ellas se subrayaba que los efectos directos del atentado no serían, desde una perspectiva económica global, muy significativos; que, en realidad, la desaceleración norteamericana ya se había empezado a producir en el segundo trimestre de ese mismo año de 2001, y que esta desaceleración tenía su principal origen en la selección natural que la competencia impone a las empresas, con lo que, tras el esperado bache del ciclo, se volvería a una senda de crecimiento generalizado.

Nos podríamos plantear si el escenario mundial sería muy distinto de no haberse producido el atentado del 11 de septiembre. Ciertamente, muchos de los procesos que se desarrollaron a partir de él se hubieran producido en todo caso, porque su origen está más allá de los ataques terroristas. En este sentido, se podría decir que se ha magnificado la importancia de aquella fatídica fecha; algunos incluso consideran que lo que ese día ocurrió fue tomado como pretexto para acciones que tienen otras motivaciones. Pero, aun reconociendo que aquel 11 de septiembre no fuera un momento histórico tan fundamental, el hecho es que, a partir de ese día, ciertos procesos se aceleraron y se han precipitado cambios de gran alcance.

Lo que nadie podía entonces prever eran los efectos en el medio plazo y, mucho menos, en el largo plazo. Pues bien, hoy, como es natural, podemos vislumbrar mucho más claramente esos efectos.

El 11 de septiembre fue mucho más que un simple atentado. Hoy lo sabemos por las diversas y profundas consecuencias que ese día se desencadenaron. Consecuencias que tienen influencia en la economía mundial y que nos han generado incertidumbre, mucha incertidumbre, a pesar de que algunas cosas se vayan aclarando.

Las consecuencias del 11 de septiembre son, en nuestra opinión, de tres tipos: consecuencias sobre el marco político mundial; consecuencias sobre la política económica; consecuencias sobre determinadas zonas del planeta (redefinición de las alianzas en Oriente Próximo) y sobre determinados mercados (petróleo).

Cuando nos referimos a las consecuencias en el marco político mundial, estamos pensando en los cambios que se están induciendo en las relaciones internacionales.

Antes del 11 de septiembre de 2001, las relaciones políticas internacionales estaban dominadas, indudablemente, por los Estados Unidos. Pero la hegemonía norteamericana tenía unos importantes contrapesos que configuraban un mundo policéntrico, aunque con una fuerte asimetría hacia Estados Unidos. Así, China, India, Rusia, Brasil, Sudáfrica, Japón y, desde luego, la Unión Europea eran los vértices de este polígono del poder mundial: como potencias regionales, eran verdaderos interlocutores de los norteamericanos. En este contexto, los esfuerzos de integración económica y de política regional permitían vislumbrar un futuro en el que alrededor de estos –y de otros países de menor rango– se constituyeran organizaciones regionales que darían otra dimensión a las relaciones internacionales y que, en el largo plazo, serían los elementos de articulación de un cierto orden internacional.

La política imperial impulsada por la Administración Bush a partir del 11 de septiembre ha dado un vuelco a la situación. Al diagnosticar que el ataque terrorista de Al Qaeda sólo pudo ser posible desde la complicidad de un gobierno, los norteamericanos determinaron que, para evitar su repetición, debían convertirse en el Estado policía del mundo. Y, para ello, no sólo amenazaron y destruyeron el gobierno talibán de Afganistán, sino que manifestaron estar dispuestos a hacer lo mismo con el de cualquier país del mundo que pudiera apoyar, aun indirectamente, una acción similar o ser cómplice lejano de alguna de estas amenazas. Fue así como llegaron a definir un “eje del mal”,

en el que incluyeron a Irak. De ahí su política armamentística, cuyo objetivo es bien conocido: tener tal ventaja en potencia de fuego que cualquiera que intentara un nuevo ataque fuera consciente de que la represalia sería su completa aniquilación.

Este nuevo planteamiento, que implica una muy poco elaborada teoría de las relaciones internacionales, ha sido posible en la política norteamericana sin demasiadas voces en contra (por ejemplo, la de Al Gore) por la fuerte unión que el mismo atentado suscitó en aquel país.

Y el resultado es una nueva definición de las relaciones internacionales en las que los norteamericanos se han constituido en policías, no necesariamente democráticos, de todos los demás Estados. La prueba la hemos tenido en las justificaciones que se dieron para la reciente intervención armada en Irak.

Así, un país tradicionalmente aislacionista, con una política exterior escasamente elaborada y una organización diplomática relativamente amateur, se está convirtiendo en el árbitro de la escena internacional. Con ello se han dinamitado además las posibilidades que existían de llegar a dotarnos de una instancia de gobierno mundial mediante el reforzamiento de las Naciones Unidas. Todos salimos perdiendo en este nuevo orden porque los demás habitantes del planeta somos ya ciudadanos de segunda clase en el "imperio" americano, una vez que los órganos de gobierno internacional que surgieron de la II Guerra Mundial van a ser irremisiblemente instrumentalizados al servicio de este mismo imperio.

Pero, además de estos efectos sobre el futuro político de las relaciones internacionales, el 11 de septiembre tuvo efectos inmediatos sobre la nueva orientación de la política económica norteamericana.

Es sabido que, en el verano de 2001, la economía norteamericana vivía un periodo de ralentización, fin de la expansión de la era Clinton. Este periodo de ajuste se traducían en unas menores tasas de crecimiento del PIB y del empleo debido, esencialmente, a tres causas: el agotamiento de la incorporación de las nuevas tecnologías al proceso productivo, el fin de la burbuja financiera por la caída de las cotizaciones de las "punto.com" y, finalmente, las dificultades de financiación del inmenso déficit exterior que reflejaba una tasa de ahorro interna negativa. Ante esta ralentización del crecimiento, que podía haberse acentuado por la caída de las expectativas tras los atentados, la Reserva Federal disminuyó los tipos de interés hasta niveles históricamente muy bajos, al tiempo que el presidente Bush anunciaba una reducción de impuestos y, fruto de una nueva

definición de sus prioridades, procedía a un fuerte aumento del gasto. La Administración Bush expandió el gasto militar al tiempo que recortaba los impuestos: de este modo ha transformado el equilibrio presupuestario, que heredó de la Administración Clinton, en un déficit público que hubiera sido espectacular si, al mismo tiempo, no reforma la seguridad social recortando los servicios sociales y las prestaciones. Esta política ha causado una mayor desigualdad en la distribución de la renta norteamericana. Ello se debe, de una parte, a la caída del nivel de renta entre ese 12% de norteamericanos pobres; y de otra al aumento del desempleo por razones de enfriamiento de la economía. Esta desigualdad, a su vez, desincentiva el consumo y está retrasando el final de la desaceleración interna y externa. Porque hemos de recordar que, si la economía norteamericana no crece, es muy improbable que lo haga el resto del mundo.

En tercer lugar, y esta es la causa más concreta de incertidumbre económica con base en la situación política internacional, tenemos que hablar de la nueva situación en el Golfo. A nadie escapa la gravedad de la ocupación militar de Irak, un país que es fronterizo de países que mantienen relaciones conocidas con grupos de terrorismo islámico activo, y que posee además las segundas reservas de petróleo más grandes del mundo. Si a ello se añade ese doble rasero que aplican en la política en Oriente Próximo, por razones de apoyos internos en la comunidad judía, hay que reconocer que los norteamericanos han alterado radicalmente el orden de Oriente Próximo. Las consecuencias sobre la situación política y económica internacional son aún imprevisibles. De momento, parece que reina una cierta calma, pero los atentados en Chechenia, Riad, Casablanca, etc., ¿no serán sólo la punta del iceberg de lo que puede ocurrir? También el mercado del petróleo está más controlado, pero no faltan los sobresaltos. ¿Cabe esperar de una cooperación activa de todos, consumidores y productores, una cierta estabilización de los precios?

La incertidumbre económica actual tiene, pues y en segundo lugar, un origen político. No sabemos qué consecuencias globales va a tener esta política imperial formulada por el Presidente Bush. De momento sólo sabemos que, si las nuevas orientaciones estratégicas norteamericanas se cumplen, habrá un fuerte aumento de la demanda de material bélico y una fuerte inversión en tecnología militar. Además, esta arbitraria política imperial, especialmente grave en lo que respecta a los distintos países de Oriente Medio, puede tener fuertes consecuencias, tanto en el medio como en el largo plazo, que aún no conocemos.

Acrescentan esta incertidumbre los procesos políticos en marcha en cada

región del mundo. En Europa, tras el éxito del euro, la Unión tiene ante sí dos retos que condicionarán su futuro político y económico: por un lado, llevar a feliz término la Constitución Europea, cosa que aclarará en los próximos meses qué queremos los europeos de nosotros mismos; por otro, la ampliación hacia el Este y la consecución de nuevos equilibrios en una Europa tan compleja y diversa. Latinoamérica sigue sin ser un continente estable porque los procesos de transición a la democracia de los noventa se están viendo en peligro por la ausencia de una necesaria transición social y económica. De ahí la quiebra en Argentina, el ascenso (con golpe fallido incluido) del populismo de Chávez en Venezuela, el recrudecimiento de la violencia en Colombia, la incierta, aunque esperanzadora, situación en Brasil, o los interrogantes, cada vez más acuciantes, sobre el futuro de Cuba. Inestabilidad en Oriente Próximo y en Latinoamérica, indecisión en Europa, crónica situación de desastre en África, tensiones en Asia. El mundo está en un asombroso nivel de caos, con escasos visos de mejorar, especialmente desde que las principales organizaciones internacionales van perdiendo el poco peso y prestigio que les quedaba. En medio de tantas oscuridades emerge como esperanza una sociedad civil, que parece tomar conciencia del protagonismo requerido por la situación y de la responsabilidad que le corresponde. Pero eso, con ser esperanzador, no es suficiente todavía para superar la sensación de caos. Y este caos genera, inevitablemente, incertidumbre.

Cabe decir, finalmente, que este proyecto hegemónico norteamericano contradice en el fondo el proceso de globalización de que antes hemos hablado. Porque la actitud de Estados Unidos impide que la globalización se desarrolle de forma homogénea. Ahora bien, esto, que algunos han llamado con toda razón una "globalización selectiva", no tiene como única causa la postura norteamericana posterior al 11 de septiembre de 2001. Pero se ha agravado notablemente con ella. Tampoco es responsabilidad exclusiva de los Estados Unidos, sino también de otros países, como los de la Unión Europea o Japón. No hay duda, sin embargo, de que la actitud hegemónica norteamericana agrava la situación de un mundo globalizado, que parece más irremisiblemente condenado a someterse a los dictados de quien tiene más poder. En el fondo nos encontramos con lo que es la principal limitación de todo mercado (no olvidemos que la globalización es, ante todo, un proceso de integración de mercados): que, en un régimen de libertad para todos, los más poderosos acaban imponiendo su voluntad a los más débiles. Porque, aunque todos seamos libres en principio, no todos somos igualmente libres: la libertad formal, que a todos se reconoce, no implica que todos la puedan ejercer por igual.

4. Ciencias sociales e incertidumbre

Por último, hay incertidumbre porque todos los científicos sociales, y los economistas los primeros, en contra de lo cree la mayoría, no lo saben todo. De hecho, se podría decir que saben poco. Y es que las ciencias sociales no manejan un modelo completo, que incluya todos los conceptos y relaciones y que contemple todas las implicaciones de las acciones humanas. Muchas veces, además –y esto es frecuente entre los economistas– se prescinde de los aspectos culturales y sociológicos, renunciándose prácticamente a la interdisciplinariedad.

Cuando el científico social actúa con honestidad, no le queda más remedio que reconocer que la mayoría de las veces a lo más que llegan es a desentrañar algún porqué. Pero hay otras veces, como es el momento actual, en que ni eso: ahora lo único que cabe decir es que se sabe muy poco de lo que puede ocurrir. Eso equivale a vivir en la incertidumbre, esa incertidumbre que los analistas sociales no pueden, al menos de momento, despejar del todo.

Concretamente, todavía no se dispone de una teoría de la globalización, como tampoco de una teoría de las relaciones político-económicas. Las herramientas de análisis se acaban en las economías semiabiertas derivadas de Keynes. Pero hoy son demasiados los datos a tener en cuenta como para poder saber lo que ocurre. Ahora bien, sin las gafas de la teoría no existe la realidad: porque, como decía Popper, “las teorías son como las redes; sin ellas no se puede pescar”.

Hace veinte años las teorías y modelos que manejaban los economistas se referían a economías semiabiertas en las que había un poder soberano para regir los destinos de los ciudadanos y los pueblos. Hoy se siguen usando esas teorías y modelos para enfrentarse a un mundo de economías interrelacionadas en las que sigue habiendo poderes políticos soberanos, pero con una soberanía harto limitada que los subordina a intereses políticos o económicos de otros poderes fácticamente superiores.

Lo malo es que no vale optar por esperar a integrarse en ese mundo globalizado hasta saber lo que ocurrirá. La opción no es posible, por la sencilla razón de que ya estamos integrados. Ni vale pedir calma a los políticos en sus decisiones, porque los políticos son esclavos de los ritmos electorales y estos son demasiado cortos para darnos tiempo a pensar. La realidad cambia aunque no sepamos cómo cambia. Hay incertidumbre, también, porque no estamos seguros ni siquiera de lo que sabemos y enseñamos.

Podemos concluir con una anécdota que se contaba de Winston Churchill. Quizás resultará descorazonadora a más de un lector. Churchill solía decir que no se fiaba de los economistas que no le hubieran dicho “no sé” al menos tres veces... por arrogantes; pero que tampoco se fiaba de los economistas que se lo hubieran dicho esas tres veces... por ignorantes.

No nos gustaría que nuestros lectores desconfiaran de nosotros que, en esta ocasión, escribimos desde la óptica de las ciencias sociales en general, aunque con un fuerte acento en los aspectos económicos. Hemos querido ser, ante todo, realistas. Eso supone seguir preguntándonos e investigando; y, en ese sentido, saber esperar. Confiamos, además, en no haber sido, en nuestras reflexiones, ni arrogantes, ni ignorantes, sino sencillamente honestos.